

## AMORES FRATERNOS

Y no es porque uno ande queriendo meterse en la vida de la gente para averiguar cosas que para nada interesan a nadie, como no sea para alimentar el gusto por el chisme, pero a veces las circunstancias conducen por caminos insospechados y de pronto aparecen las sorpresas. Porque esa tarde de calor como dormido y pegajoso me encontré con una señora que resultó llamarse Olga. Y claro, yo no podía saber quién era ella, pero yo estaba ahí en la ferretería y la señora, de unos 50 años se me quedó mirando y ante la insistencia la saludé, entonces se sonrió y se me acercó, con evidente deseo de conversar.

—Disculpa, tú eres hijo de la Chabelita, ¿verdad?

Efectivamente, mi mamá se llamaba Isabel. Antes de seguir debo aclarar que esta plática se dio hace ya muchos años, cuando mi mamá aún vivía. Le respondí que sí.

—Tienes sus mismos ojos; además, te pareces mucho a tu papá.

Ante mi cara de asombro me explicó el asunto. Que ella se llamaba Olga, Olga Tardelli, que había vivido en el mismo barrio en el que había vivido mi mamá, que Alfredo –mi tío Alfredo– y ella habían sido muy buenos amigos y que recordaba con mucho cariño a mis abuelos. Luego de preguntarme qué andaba haciendo por ahí, a qué me dedicaba y si estaba estudiando; y luego de que yo le respondiera que andaba comprando unos tarugos plásticos para afianzar tornillos en las paredes, que trabajaba en la Aseguradora Orbis y que sí, que estaba estudiando en la universidad la carrera de contador público me dijo que se alegraba mucho de verme; y se me quedó mirando fijo a los ojos y pude ver en los suyos un dejo como de pena o de ansiedad, no sé, me tomó de las manos y me pidió que le diera sus saludos a mi mamá.

Y se me olvidó el asunto. Y no fue sino algo así como un mes más tarde, un medio día de Viernes Santo en que el calor estaba fuerte y que mamá había preparado el bacalao a la española de todos los años e hizo un comentario como al aire diciendo que nadie preparaba tan delicioso el bacalao a la española como su mamá, y que para la Semana Santa hacía tal cantidad que hasta alcanzaba para mandarles un plato a los Tardelli, que me recordé de mi encuentro con la señora y le hice el comentario. No creí que fuera a interesarle mucho o poco el tema pero de inmediato quiso saber detalles. Le dije lo que había ocurrido y lo que recordaba de nuestra conversación.

—Hasta me comentó que ella y tío Alfredo habían sido muy buenos amigos.

Entonces ella abrió los ojos como si tal cosa la hubiera sorprendido sobremanera, quedó como pensativa y hasta detuvo en el aire el plato que estaba preparando.

Antes de seguir con esto quiero explicar una cosa que algún día se me reveló como por casualidad, y que consiste en que con alguna frecuencia en cualquier familia uno de los hijos no hace bien las cosas; o por mejor decirlo, no alcanza el supuesto éxito de los demás hermanos. En el caso de la familia de mi mamá había sido tío Alfredo el que había fallado. Se había casado con una mujer sencilla e ignorante. Para decirlo de alguna forma, se trataba de una mujer más bien fea, morena lustrosa, de apariencia como maciza, de modales poco elegantes y de hablar lento y como golpeado. Desde que era niño entendí que en la familia nadie la quería bien y es más, siempre que había ocasión, tía Teresa le remedaba el hablado y hasta sus frases. Y no hacía mal; pero eso sí, nunca delante de los abuelos.

Por lo que pude ver, tío Alfredo y su esposa se llevaban bien, a pesar de que a él le gustaba la bebida y casi siempre estaba en eso. De todos los trabajos que lograba conseguir, más tarde que temprano lo echaban, algunas veces por presentarse bajo los efectos del licor y otras porque sencillamente no se presentaba. Y claro, su familia vivía en condiciones de lamentable pobreza. Y su familia eran su esposa y sus hijos. Y

su esposa y sus hijos eran mi familia, pero esos mis primos eran un poco feos, o a lo mejor yo los veía así porque eran morenos tirando a prietos y espinudos y porque mis otros primos hablaban en forma despectiva de ellos y también remedaban a la mamá.

—Nunca te burles ni critiques a la gente —me dijo mamá una vez en que por alguna causa tocamos el tema y yo dije algo que la molestó sobre tío Alfredo—. Nunca critiques a nadie porque tienes que tomar en cuenta que no todos tenemos las mismas oportunidades ni capacidades de los demás; a ti todavía te falta mucho por vivir la vida y uno nunca sabe las cosas que pueden suceder; algún día te vas a casar, vas a tener tus hijos y los hijos siempre son un albur; además, tienes que darte cuenta de que eso de hablar por lo bajo de la gente es una muy mala costumbre— concluyó.

Guardo un recuerdo muy amable de tío Alfredo. Es que no era petulante como tío Eduardo y siempre encontraba alguna palabra para hacerme sentir bien. Me preguntaba cómo me iba en la escuela, qué tal estaba mi papá y me recomendaba que lo saludara. Además, se interesaba verdaderamente en lo que uno estaba haciendo. Recuerdo la vez que se le cayó una rueda a un avioncito que el abuelo me había regalado para Navidad. Y la rueda se cayó porque uno de mis primos, a lo mejor con mala intención, o tal vez no, se paró sobre en él y le arruinó una rueda. Casualmente andaba por ahí tío Alfredo y se puso a componerlo. Luego de una

hora había fabricado, con el auxilio de un alicate, un soporte de alambre y lo dejó como nuevo. Si bien es cierto, la ruedita ya no dio vueltas, el avión se sostenía bien.

Cuando llegaba la Semana Santa, el fin de año o el cumpleaños de alguno de los abuelos la casa se llenaba. Los últimos en llegar eran tío Alfredo y su mujer y sus hijos, pero antes de que llegaran, a espaldas de los abuelos ya se habían burlado de él y de su familia todos sus hermanos; ya habían repetido una y otra vez las aventuras penosas y ridículas que había protagonizado, ya habían censurado su forma de vida y su vicio y ya tía Teresa había remedado, ante el festejo general, el hablado de su mujer y todos habían celebrado la chanza; sin embargo, al verlo llegar lo saludaban como si se tratara de una persona diferente de la que apenas acababan de criticar, hacían lugar en la mesa para él y su esposa y la plática continuaba. Conforme la sobremesa obligaba a las mujeres a levantarse porque comenzaba la conversación de los hombres, tío Alfredo procuraba sentarse cerca de mi papá, y al cabo de algún tiempo, y ya cuando todos se habían levantado, ya solo ellos dos se quedaban un rato platicando de sus cosas, hasta que llegaba el momento en que se tenían que ir a su casa, se daban un abrazo y mi papá los salía a despedir hasta la puerta de la calle. Como si se tratara de un ritual, siempre ocurría así.

Mi papá siempre le guardó mucha consideración y mucho cariño a tío Alfredo. Después de todos los años he llegado a la conclusión de